



CAPÍTULO V

TEORÍA DE LA PERSONALIDAD

«Entiendo por personalidad la totalidad de las cualidades psíquicas heredadas y adquiridas que son características de un individuo y le hacen único»¹.

Este concepto de individuo concreto nos orienta sobre el sentido realista de Fromm al saltar de una teoría general antropológica a una psicología o método práctico de dirigirse al objeto en cuestión.

El hombre comparte con el hombre un mismo tipo de situación humana y ello hace que todos los hombres sean semejantes, pero a su vez la introducción de variables peculiares a cada individuo, que estarán presentes en las situaciones concretas de cada cual, hacen que el modo de resolverlas o de enfrentarlas sea también peculiar.

Recoge así Fromm la base constitucional o conjugado somático que incide en el *modo* de reacción, que tradicionalmente se ha llamado temperamento. Al referirse a esta base constitucional, también habla de dotes. No obstante, no hace más que apuntar el término y no lo analiza. Así lo recogemos nosotros: como una cuña, que respondería a otra metodología, y que, al no ser negada, deja abierta la teoría a un posible enriquecimiento por este camino del que en otros tiempos la psicología ha abusado tanto. Sin embargo, la parte de la personalidad que a Fromm importa es la adquirida. Sólo ella es modificable. Y sólo ella tiene un carácter ético. Si un método quiere ser operativo, además de explicativo, es a esa parte a donde debe dirigirse. Y siendo la intención de Fromm fundamentalmente práctica: transformar el objeto, fundamentar la praxis, es lógico que su teoría de la personalidad se centre en aquello que es modificable por su origen: el *carácter* del individuo.

¹ Fromm, *Ética*, p. 64.

Si tenemos en cuenta que Fromm está de acuerdo en que el carácter es “el destino del hombre”, por cuanto él constituye la base motora de su conducta, de su pensamiento y de su sentimiento, se comprenderá que a la postre la teoría de la personalidad se identifique con una forma de caracterología, que aquí trataremos de desarrollar.

Comenzaremos por el concepto mismo de carácter.

V.1. EL CARÁCTER

«En el sentido dinámico de la psicología analítica se denomina carácter la forma específica impresa a la energía humana por la adaptación dinámica de las necesidades de los hombres a los modos de existencia peculiares de una sociedad determinada»².

Es un concepto, por tanto, eminentemente relacional o funcional (en el sentido matemático), con la particularidad de que la función entre las diversas variables es recíproca, y así, aunque la “forma específica” o estructura que constituye el carácter es dependiente respecto a los modos sociales, a su vez, éstos tienen una dependencia respecto a la misma estructura de la energía humana —o necesidades propias de la existencia del hombre, que, ya vimos, tenían carácter de potencialidades o poderes, es decir, de fuerzas operantes.

Dos aspectos hay que destacar: el carácter es una estructura o figura total que se manifiesta en una orientación determinada de todos los rasgos que la componen. El carácter es, además, el factor dinámico de la conducta.

Fromm toma el aspecto estructural del concepto de carácter de Freud, para el cual «la entidad fundamental en el carácter no es el simple rasgo, sino la organización total del carácter»³. Los rasgos se derivan de la estructura total y «deben interpretarse como un síndrome que resulta de una organización particular o, como yo lo expreso —dice Fromm—, de una orientación del carácter»⁴.

También el aspecto dinámico del carácter está tomado de Freud —según interpretación del propio Fromm:

«Freud reconoció la cualidad dinámica de los rasgos del carácter, y sostuvo que la estructura del carácter de una per-

sona representa una forma particular en la cual la energía está encauzada en el proceso de vivir»⁵.

En la particular organización de esa fuerza residen los distintos tipos de motivación por los que el hombre se conduce. De forma que el estudio del carácter trata, en definitiva, de “las fuerzas que motivan al hombre”, dice Fromm citando a Balzac.

La naturaleza de esta motivación está en conexión directa con los mecanismos de motivación inconsciente que pone en evidencia el psicoanálisis. Así, la conducta manifiesta, el modo de sentir y de pensar no están determinados tanto por la conjunción lógica y racional de los datos que conforman la situación real como por el resultado de la incidencia de esa situación en la organización caracterial del componente “conativo”^{*} de la naturaleza humana.

De esta forma, Fromm, en oposición a los conductistas, diferencia conducta, o rasgos de conducta observables, del impulso subyacente en ellos.

«Si investigamos —dice Fromm— la motivación y particularmente la motivación inconsciente de tales rasgos de conducta, encontraremos que el rasgo de la conducta encierra numerosos y completamente diferentes rasgos de carácter»⁶. Así, la conducta “ser valiente” puede estar impulsada por la ambición, por el deseo de morir, por la ignorancia del peligro real derivado de las peculiaridades mentales, o por la devoción a un ideal. La conducta en todos los casos es la misma, pero su significado respecto al que se conduce es totalmente distinto. El ahorro también es otro ejemplo ilustrativo para Fromm. Una persona puede ahorrar porque las circunstancias económicas así lo requieren, pero también lo puede hacer compulsivamente y como acto que termina en sí mismo. En el primer caso, la persona será capaz de discernir la conveniencia del ahorro; en el segundo se producirá la conducta independientemente de las condiciones objetivas. También la predicción de la conducta depende tanto de los rasgos del carácter como de los rasgos conductuales respecto a situaciones dadas. Si un soldado, un deportista o cualquiera que incluya en su conducta la expectativa del “valor” se conduce así únicamente por ambición de dinero o de status social, perderá todo estímulo a afrontar riesgos graves si la posibilidad de obtener beneficio no acompaña al riesgo, pero

² Fromm, *Ética*, p. 68.

³ Fromm, *Ética*, p. 71.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Fromm, *Ética*, p. 70.

^{*} Conativo: de conato, en el sentido del *conatus* de Spinoza.

⁶ Fromm, *op. cit.*, p. 68.

no sucederá así si el motivo de afrontar riesgos radica en la defensa de una causa que lo trasciende a él.

Pero puestos a buscar operatividad en este enfoque teórico y práctico de los componentes psicológicos, donde mayor eficacia podremos encontrar es en la transformación integral de conductas, que sólo acaece cuando se produce un cambio fundamental en el carácter. Y puesto que el concepto de carácter, además de dinámico, es relacional, o dependiente de la situación del sujeto en la realidad, este enfoque es también operativo a la hora de orientar cualquier método social de organización que, como es lógico, afecta necesariamente a la conducta humana.

El sistema carácter es para Fromm un sustituto del aparato instintivo del animal. Pone en relación necesidades con realidad, orientando la conducta a través de una significación dada al contacto.

Esto nos recuerda las proposiciones de la psicología genético-estructural.

Piaget⁷, por ejemplo, encuentra que de las tres componentes funcionales del instinto: a) funcionamiento organizador y regulador, b) programación hereditaria, y c) ajustes o adaptaciones realizados por cada individuo, en los primates superiores y en el hombre, se ha debilitado o ha desaparecido la intermedia (programación hereditaria), pero quedan los otros dos mecanismos como dos condiciones fundamentales de la inteligencia. A partir de aquí, Piaget, por las peculiaridades de su método, se interesa sobre todo en la conformación estructural del desarrollo de estos dos mecanismos, considerados no innatos, sino adquiridos por el ejercicio que reconstruye la funcionalidad del objeto.

Dentro de ese orden estructural se dan saltos cualitativos de una estructura a otra, que suponen el salto de una funcionalidad a otra más operativa respecto del objeto, de forma que Piaget habla de un constructivismo para designar ese desarrollo.

Pues bien, estos mecanismos que parten siempre de la acción sensomotora con significación emocional —no olvidemos esto que ya aclaramos en otro apartado— determinan en el animal un tablero de “señales” que operan como referencia de sujeto y objeto para provocar la conducta que llamamos instintiva. En el hombre no hay tablero fijo de “señales” heredado de la especie de forma innata o ya impresa en la mente, de forma que

⁷ Piaget, «El estructuralismo psicogenético (animal y niño) y las teorías de la inteligencia», en *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

esa referencia significativa debe constituirse en el contacto con el medio. Esa es la función que viene a desempeñar el carácter, resultado de dicho contacto.

El proceso de formación necesariamente se ve afectado o afecta a los tres componentes: Nivel estructural del pensamiento, referencia afectiva y cognitiva de sujeto-objeto y conducta. Pero sin perder de vista que el resultado es un sistema, una figura de significación, que opera como un todo, de forma que no hay cambio en un componente que no afecte al todo y a cada uno de los componentes. Piaget ha observado a este respecto la conexión entre nivel de pensamiento y capacidad moral, por ejemplo.

Pero el estudio que más se acerca a la postura que aquí queremos exponer es el que ha realizado Mucchielli a propósito de la actitud en su *Introducción a la psicología estructural*⁸. Desde el inicio de su planteamiento, a Mucchielli le interesa desentrañar el qué de la conducta. Para él, nociones como pulsión, instinto, tendencia, motivación o el inconsciente concebido como el lugar de “fuerzas” reprimidas, “están hoy día superadas”, en el sentido de que no bastan para explicar la experiencia. Propone como alternativa la noción de *estructura*, como algo organizado, como «una articulación de relaciones entre elementos, entendidas dichas relaciones en el sentido antedicho de sistemas en que «cada “elemento” es función de un todo en relación al cual se sitúa y, por ello, adquiere una significación»⁹.

Dicha estructura a nivel psicológico es una *estructura de significación*, que «es aquello con relación a lo cual un elemento del mundo toma un significado para un sujeto. Más exactamente, se designa con ello una realidad operante que no tiene nada de objetivo ni de consciente (no es directamente observable y no es contenido de conciencia) y cuya acción convierte en significativos para un sujeto los datos del Mundo»¹⁰.

Vamos a seguir citando su definición porque, desde la perspectiva de su método, aclara mucho mejor los conceptos en torno a los que gira Fromm.

«La estructura de significación —sigue diciendo Mucchielli— supone e implica una relación esencial y existencial entre el sujeto y su universo y es una constante dinámica de esta relación. Unos a otros se suceden contenidos variados que des-

⁸ Mucchielli, *Introducción a la psicología estructural*, Ed. Anagrama, Barcelona.

⁹ Mucchielli, *op. cit.*, pp. 10-11.

¹⁰ Mucchielli, *op. cit.*, pp. 10-11.



de un punto de vista exterior y descriptivo parecen diferentes, pero que son portadores de la misma estructura de sentido; y, a la inversa, tal comportamiento o tal expresión pueden parecer idénticos en un sujeto y en otro, pero no tienen ya el mismo sentido si se los refiere a las estructuras respectivas de lo vivido por cada uno. Así, un cierto objeto, en una sociedad dada, toma un sentido que no tiene en otra sociedad, mientras que, desde el punto de vista descriptivo, es el mismo.»

«La estructura es únicamente capaz de dar sentido a aquello que' ello estructura. La estructura es, desde este punto de vista, una Forma vacía pero dinámica y bien definida, que "da una forma", y por ende una significación, a lo que viene a "llenarla"»¹¹.

Mucchielli se está refiriendo a *patterns* o acuñaciones de la realidad referida al sujeto, que sucesivamente «modelan activamente, conforman, dan forma a los datos de la información (los datos de la percepción) tomándolos de una determinada manera»¹². Por ejemplo, el "ser-celoso" sería una estructura-estructurante en este sentido que le da Mucchielli. De forma que, efectivamente, estamos ante una "estructura-perceptivo-afectivo-conductal".

En psicología nos referimos a este contenido conceptual con la palabra *actitud*, y no otra cosa es la estructura a que se refiere Mucchielli, como tampoco lo es el concepto de *orientación del carácter* con el que Fromm hace referencia al sentido de totalidad estructurada con que opera el carácter.

En el curso del interesante análisis de distintos tipos de percepción de situaciones que hace Mucchielli se encuentra, efectivamente, con este concepto de actitud.

«Nos encaminamos así, con toda naturalidad, hacia la hipótesis de que las *actitudes* hacia la vida o hacia los demás tienen una ligazón necesaria, no sólo con las clases de sentimientos, opiniones, creencias correspondientes o, dicho de otra forma, con las constantes afectivas de la relación experimentada o realizada, sino también con las categorías inconscientes de la percepción, con el sistema a priori de codificación puesto en juego por los analizadores de la información»¹³.

Sin embargo, aquí hay que decir que aunque es cierto que estas formas están listas para recibir contenidos a los que acuñar, no hay que olvidar que ellas mismas tienen relación

¹¹ Mucchielli, *op. cit.*, p. 11.

¹² Mucchielli, *op. cit.*, p. 12.

¹³ Mucchielli, *op. cit.*, p. 116.

con un contenido o no son nada, como no hay que olvidar que ellas mismas son el resultado de una impronta afectiva que significó "metafóricamente" un contenido concreto referido a la realidad, al entrar en contacto sensorio-motor y emocionalmente con el sujeto, y que, por el mismo mecanismo metafórico, ese contenido-estructura se ha convertido en experiencia nuclear o nodular.

El concepto frommiano de carácter hace referencia precisamente a la base experiencial y a la resultante formal.

Y hay otra divergencia que guarda estrecha conexión con el aspecto anterior, que, en definitiva, está apuntando a un "a priori" de significación perceptiva en el sujeto. "A priori" que ya analizamos anteriormente. Es esa posibilidad de auto-referencia muy primaria la que hace que Fromm, aunque cuestione el contenido de los conceptos clásicos de instinto, tendencia, impulso, etc., no deseche la idea de conatus que subyace en todos ellos.

Por eso su idea de motivación es un concepto más positivo (en el sentido de existencia real) que el que ofrece Mucchielli y por otro lado más explicativo. Para Mucchielli, «las "motivaciones" no son otra cosa que las categorías que equipan la percepción prospectiva, estructurando o descifrando la información de una manera activa»¹⁴.

Con lo cual ha encerrado su estructura-estructurante en un círculo vicioso: la correspondencia unívoca entre "material perceptual" (o información posible que llegue al sujeto) y "motivaciones" hace muy difícil entender un cambio en la actitud.

Por el contrario, la conjunción de fuerzas psíquicas, inherentes a la existencia humana, y la información perceptiva, sin dejar jamás de referirse a dicha información, añade a su dinamismo cognitivo el dinamismo propio de dichas fuerzas, a través del cual la cognición adquiere categoría de experiencia humana, es decir, se hace operativa a nivel psicológico o de "estructuras de significación" afectivo-comportamental.

La misma conjunción de fuerzas permite entender que se produzca el cambio igualmente a través de la conducta afectiva, sin intervención de ningún tipo de lógica referida a la relación del objeto. La percepción afectiva conecta directa y metafóricamente con la experiencia nodular y, al hacerlo, con la impronta significativa original, permitiendo así entrar en el juego experiencial a las fuerzas psíquicas que fueron estructuradas en la

¹⁴ Mucchielli, *op. cit.*, p. 118.

experiencia nodular y que, pese a ello, no han renunciado jamás a su operancia significativa y a su dinamismo dialéctico.

Si se recuerda lo dicho a propósito de estas fuerzas en el capítulo dedicado a las necesidades existenciales se comprenderá que Fromm no está hablando de la libido sexual, como propone Freud cuando procede a hacer una caracterología que no es más que los distintos estadios de evolución de dicho impulso sexual, que desde el estadio oral debe llegar al genital.

No es la libido, por tanto, la base de la caracterología frommiana, sino *los modos de relación social* en el sentido marxista, es decir, los modos de producción, que a su vez *determinan los modos de satisfacer las necesidades existenciales* y los tipos de relaciones interpersonales.

En el marco de dichas relaciones sociales se da la situación humana determinante de las connotaciones esenciales de la estructura humana. Recordemos las contradicciones existenciales e históricas; ineludibles las primeras, susceptibles de ser resueltas las segundas, de acuerdo con la evolución de las condiciones materiales. Ambas hacen al hombre, porque la base dinámica esencial de la motivación humana es el no permanecer inactivos ante la contradicción. Sin embargo, ya vimos, al hablar de los dos tipos de represión, cómo la segunda vendría a ser la auténtica represión, en el sentido de añadir un conflicto al conflicto inherente a la existencia, desde el momento en que mientras este último representa el vivir la vida y, por tanto, el crecimiento o ampliación de fronteras del ser a costa del no ser, el conflicto social añadido representa un obstáculo para que el otro conflicto se resuelva (se esté resolviendo).

No obstante, por lo que sabemos, el conflicto existencial necesariamente se resuelve en el marco del conflicto histórico, que viene expresado por las relaciones sociales. Es en ese marco donde hay que estudiar "las fuerzas que motivan al hombre", es decir, su carácter. No está hablando Fromm de categorías psíquicas abstractas.

Solamente que, a diferencia de las teorías de la personalidad meramente relacionales, la postura de Fromm implica la participación activa del hombre en el modo de resolver el conflicto, porque la naturaleza humana frente a las contradicciones existenciales o históricas se comporta con un tipo de necesidad que juega un papel, por acción o reacción, frente a la necesidad histórica. Por eso, siendo la situación la matriz del carácter, la posición referencial del hombre en dicha situación, permite a Fromm hacer el análisis de los posibles modos de relación social con una expectativa de resultados que pueden

ser colocados en coordenadas de normalidad y anormalidad, o de función y disfunción.

V.2. MECANISMOS BÁSICOS DE FORMACIÓN DEL CARÁCTER

Los mecanismos básicos de formación del carácter vienen determinados por las dos vías de relación del hombre con el mundo: vía objetos, vía interpersonal. Al primer tipo de relación, también mediatizado por las relaciones sociales, lo denomina Fromm *proceso de asimilación*; al segundo, *proceso de socialización*.

Ambos procesos se dan, en primer lugar, dentro de la célula familiar, a la que Fromm considera como la "agencia psíquica" de la sociedad. El carácter de los padres, en efecto, es expresión de la estructura social, de ella han tomado sus métodos y su sistema de valores. De aquí derivará Fromm el concepto de carácter social, que pasa a ser el concepto resumen de su hipótesis antropológica de interacción psico-social. No obstante, admite un espacio de autonomía a la conjunción de personalidades en la familia, que permite defender, junto al concepto de carácter social como matriz, un carácter individual por el cual una persona, junto con sus peculiaridades constitutivo-temperamentales, se diferencia de las demás dentro de una misma cultura o de un mismo grupo.

Aunque más adelante nos ocupemos del análisis de la interacción psico-social, adelantaremos, en este apartado destinado al concepto general del carácter, cómo entiende Fromm ambos procesos de asimilación y socialización.

No se refiere a las operaciones psíquicas por las cuales tienen lugar, sino a la orientación o actitud con que un sujeto se enfrenta a los objetos (asimilación) o a los sujetos (socialización) y a sí mismo.

Prevé así dos orientaciones contrarias: la productiva y la improductiva —o enajenada, diríamos nosotros—. En el caso de darse la orientación productiva, el sujeto, respecto del objeto, trabaja y crea, y respecto del sujeto, ama y razona. «El pensamiento productivo se determina por la naturaleza del objeto y la naturaleza del sujeto, quien se vincula con su objeto en el proceso de pensamiento»¹⁵. «El sujeto, en el pensamiento productivo, no es indiferente a su objeto, sino que éste le conviene y le afecta. No se experimenta al objeto como algo muerto y

¹⁵ Fromm, *Ética*, p. 119.



separado de sí mismo y de la vida de uno; al contrario, el sujeto está intensamente interesado en su objeto, y cuanto más íntima sea la relación con él tanto más fecundo es su pensamiento»¹⁶. Recordemos, en fin, la relación que ya establecimos entre la actitud productiva de Fromm y el hombre social de Marx.

La orientación improductiva puede enfrentarse al Otro de dos modos: de forma simbiótica y de forma distante o de alejamiento-destrucción.

En el primer caso, respecto del sujeto, la relación es sado-masoquista y respecto del objeto la posición es explotadora o meramente receptiva. En el segundo caso, la relación con el sujeto es de destrucción o de indiferencia, que se corresponde a una relación con el objeto de acumulación o conservación y de intercambio o mercantilista; sistematización que recuerda la caracterología freudiana, bien que desprovista de su naturaleza orgánico-sexual; Fromm, por el contrario, encuentra en estos caracteres la correspondencia de determinados modos de relación social.

Sobre estas pautas monta Fromm la sistematización de su caracterología. Las diversas orientaciones expuestas no se dan de forma pura, sino combinadas entre sí y a cada una de ellas, como a sus combinaciones, corresponden unos rasgos de conducta específicos que actúan de indicadores para averiguar el carácter en un análisis. «Si se desea caracterizar a una persona deberá hacerse esto tomando como base la orientación que predomine en ella»¹⁷, aconseja Fromm.

En cuanto a la combinación de las dos orientaciones fundamentales: productiva e improductiva, es el grado respectivo de intensidad de una u otra la que nos dará la clave acerca de la *calidad* de las orientaciones improductivas. Porque «no existe ninguna persona cuya orientación sea enteramente productiva, ni nadie que carezca completamente de productividad»¹⁸. De aquí se deduce que las diversas orientaciones improductivas (en cuanto modelos) en una estructura de carácter donde predomina la orientación productiva no tienen el mismo significado que en otra donde predomina la improductiva. De forma que «cualquiera de las orientaciones improductivas posee un aspecto positivo y otro negativo, de acuerdo con el grado de productividad de la estructura total del carácter»¹⁹. Por ejemplo, en la orien-

¹⁶ Fromm, *Ética*, p. 117.
¹⁷ Fromm, *Ética*, p. 127.
¹⁸ Fromm, *Ética*, p. 127.
¹⁹ Fromm, *op. cit.*, p. 128.

tación receptiva, el rasgo de conducta “pasivo, sin iniciativa” que corresponde al carácter improductivo se convierte en “capaz de aceptar” en el productivo.

El “*grado de preponderancia de la orientación productiva*” se convierte en el eje de significación a la hora de situar los diversos rasgos de conducta en un campo de coordenadas, teniendo en cuenta que es el paso de un producto determinado de la función de productividad a otro contiguo pero ineficaz respecto al objeto productivo el que hace que un síndrome pase de positivo a negativo. Así, «los aspectos positivos y negativos no constituyen dos clases separadas de síndromes»²⁰.

De la complejidad de un análisis sistemático del carácter como el que pretende Fromm nos podemos hacer idea, además de por lo ya expuesto, por el hecho de que en cada persona se da “un grado titubeante de variabilidad” en rasgos y orientaciones, debido a que:

- 1) «Las orientaciones improductivas se combinan de diferentes maneras con respecto a la proporción respectiva de cada una de ellas;
- 2) Cada una cambia de cualidad de acuerdo con el grado de productividad existente;
- 3) Las distintas orientaciones pueden actuar con diferente intensidad en las esferas materiales, emocionales o intelectuales de actividad, respectivamente»²¹.

V.3. MÉTODO DE ANÁLISIS DEL CARÁCTER

La verdad es que Fromm no aporta métodos fiables —desde el punto de vista experimental— para llevar a cabo tan ardua empresa, como no sea la observación empírica de lo que se deja traslucir en un psicoanálisis, con el riesgo de la “interpretación” de todo lo que allí aparezca. No obstante, en ese tipo de experiencia contamos con indicadores proporcionados por el sujeto mismo de conducta en estado de inconsciencia (sueños, imágenes, etc.), indicadores libres, por tanto, del control del carácter (del super-ego) y significativos, efectivamente, respecto a la orientación total del mismo.

En ese sentido el psicoanálisis sigue siendo un campo privilegiado de observación para la psicología de la personalidad. De

²⁰ Fromm, *Ética*, p. 130.
²¹ *Ibidem*.



todos modos, por lo que hace a Fromm, entendemos que no nos deja aclarado el procedimiento analítico en el *sentido estructural* que exige su concepto del carácter.

Lo único que podemos afirmar respecto al análisis del carácter en Fromm, si observamos los juicios que le merecen los datos biográficos y el material psicoanalítico, es que realiza una síntesis de la que obtiene la "imagen" que se destaca como fondo y soporte de los rasgos aislados de conducta y de sus racionalizaciones. Por otro lado, tanto esta labor psicoanalítica, como la que Fromm ha realizado en el campo sociológico, ponen en evidencia que su análisis, como tal análisis, no se reduce a hacer una descripción, por más que sea sintética, de los datos observables, sino que se enfrenta a ellos como unos "modelos" y "guías" de análisis que determinan tanto la observación como el resultado. Por más que esta urdimbre pretenda ser "formal" —meros hitos o puntos de mira—, el caso es que se convierten en valorativos: lo "productivo" e "improductivo", o lo funcional o disfuncional viene a ser el marco de lo normal y a-normal. Y puesto que la represión es la piedra angular del proceso constitutivo del carácter, es lógico que la *guía para el análisis sea el tipo de autoridad* que ha sufrido el sujeto o que impera en un grupo social. Recordemos que la autoridad es el eje de la experiencia nodular o Complejo de Edipo.

A través de este rastro aparecerá el conflicto social, que se reproduce en cada ser humano.

En torno al ejercicio de este poder que el adulto tiene sobre el niño y el grupo social sobre el individuo o sobre otros grupos sociales, se determina el ser y el no ser —lo que es y lo que no es, pudiendo ser— del sujeto o del grupo. La autoridad se convierte así en el punto referencial en tanto que posibilitador u obstaculizador del llegar a ser.

Tenemos un caso práctico de aplicación de este método en el campo social, en el trabajo llevado a cabo en una idea mejicana bajo la supervisión de Fromm y basándose en su teoría de la formulación del carácter²².

Las variables observadas están siempre entre dos polos: receptivo-explotador, sometido-autoritario, masoquista-sádico...

Veamos los resultados que responden al objetivo trazado de hacer un "censo de carácter", respondiendo a estas pre-

²² Ver Fromm, *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, F.C.E., México, 1974, publicado con el título original de *Social Character in a Mexican Village* en 1970 en colaboración con Michael Maccoby.

guntas: ¿Cuál es la organización psicológica en el pueblo? ¿Cuál es su carácter social?

Respecto al *modo de asimilación*, los rasgos del carácter se distribuyen así: 71 % de los aldeanos tienen tendencias receptoras; el 55 %, tendencias acumulativas, y el 26 %, tendencias explotadoras, no apareciendo ninguno con tendencia mercantil dominante²³.

En cuanto al *modo de relación interpersonal*, los resultados son: amor condicional, 60 %, y narcisismo I, 55 %. Las frecuencias de los otros modos son: masoquismo, 29 %; sadismo, 26 %; consentimiento, 25 %; destructividad, 24 %; narcisismo II, 13 %, y amor, 13 %²⁴. Hace una ponderación de estos datos según la edad y el sexo.

En cuanto al *modo de relación sociopolítica*, los resultados absolutos (distribución relativa respecto a las variables, que aparecen como dominantes y secundarias) son los siguientes: sumisión, 79 %; autoridad tradicional, 57 %; rebelde activo, 38 %; democrático, 38 %; autoritarismo, 28 %; rebelde pasivo, 14 %; tendencias revolucionarias, 1 %.

Para mejor entender lo que quieren definir estas variables y el significado de estos resultados vamos a reproducir el concepto que los investigadores tienen del *carácter cuyo rasgo dominante es el "revolucionario"*:

«Originalmente teníamos la intención de incluir esta categoría, pero sólo encontramos un aldeano que dudosamente podía ser calificado de "revolucionario" y llegamos a la conclusión de que el grado de productividad necesario para hablar de carácter revolucionario no existía en el pueblo. Baste decir que al llamar "revolucionario" a cierto tipo de carácter no nos referimos a la definición puramente política, según la cual cualquiera que persiga una revolución política y social sería llamado revolucionario. El "revolucionario" en nuestro sentido caracterológico expresa una cualidad particular de independencia y de voluntad de liberar a la vida de las condiciones que impiden su libre despliegue. La persona revolucionaria no se enfrenta a la autoridad como un rebelde. No la motiva el resentimiento ni el odio, sino el impulso de crear un sistema social mejor en vez de vengarse del actual.

El revolucionario trasciende los límites estrechos de su propia sociedad y es capaz, por esta razón, de criticar a su sociedad o a cualquiera otra desde el punto de vista de la razón y la humanidad.

²³ Ver Fromm-Maccoby, *op. cit.*, p. 122.

²⁴ Ver Fromm-Maccoby, *op. cit.*, p. 125.

El análisis de la mezcla específica entre "revolucionario" y "rebelde" en cualquier movimiento dado es una clave importante para comprender la dinámica de ese movimiento como un todo²⁵, concluyen los autores.

No vamos a entrar en detalles respecto de este concepto. Por lo que respecta a la metodología, que es lo que nos ocupa, diremos que se siguió la técnica de la entrevista con cuestionario previamente establecido, que incluye preguntas abiertas y de opinión sobre situaciones, gustos, sucesos, personajes, etc. Se observó también la actitud mantenida en la entrevista. Esta técnica se completó con la aplicación del "Rorschach" y del "TAT", estudiándose la correlación entre estos tests y los resultados de la entrevista.

También se organizaron reuniones de discusión o de aprendizajes diversos para ver la respuesta.

Naturalmente el trabajo va precedido de una descripción socio-económica del contexto en que se ubica la muestra. Se trata de la típica sociedad rural, pero en un país que ha pasado por la experiencia de ser conquistado y colonizado por una civilización más evolucionada, al menos desde el punto de vista tecnológico.

Para mejor somprender esta técnica analítica y su polarización en torno al problema de la autoridad, veamos el tipo de preguntas que componen el cuestionario utilizado en la entrevista.

CUESTIONARIO

7. a) ¿Vive aún su madre? a) ¿Vive aún su padre?
b) ¿Qué edad tiene? b) ¿Qué edad tiene?
c) ¿Dónde vive? c) ¿Dónde vive?
8. a) ¿Con qué frecuencia ve usted a su madre ahora (o su sustituto)?
b) ¿En qué casos ha pedido su consejo durante el último año?
c) ¿Actuaría usted contra su deseo?
d) ¿En qué ocasiones ha hecho eso?
(En seguida se repite la pregunta con relación al padre.)
9. a) ¿Cuántos hermanos (o medios hermanos, etc.) y hermanas (o medias hermanas, etc.) tuvo usted?
b) ¿Dónde se encuentra entre ellos? (¿Es el mayor, menor, etcétera?)

²⁵ Fromm-Maccoby, *op. cit.*, p. 118.

10. a) ¿Cuando está en apuros, a quién pide ayuda (económica y moral)?
b) ¿Por qué?
12. a) Haga una breve descripción de su madre (o sustituto) como usted la ve.
b) Haga una breve descripción de su padre (o sustituto) también.
13. a) ¿Cómo se comportaba su madre (o sustituto) cuando era usted niño? (¿Lo consolaba cuando tenía dificultades, lo castigaba cuando hacía algún mal?)
b) ¿Y su padre, cómo se comportaba?
14. ¿Cómo piensa usted que debe ser una buena madre?
15. a) ¿Cree usted que su esposa (o esposo) es una buena madre (o un buen padre)?
b) ¿Por qué sí o por qué no?
c) ¿Cree usted que es un buen padre (o una buena madre)?
d) ¿Por qué sí o por qué no?
16. a) ¿Cuando era usted niño, temía más el enojo de su padre o el de su madre?
b) ¿Piensa usted que es deseable que los niños tengan temor a los padres?
18. a) ¿Qué piensa usted de los castigos corporales para educar a los niños?
b) ¿Pega usted a sus hijos? (...)
39. a) ¿Cuál es la situación más dolorosa que recuerda haber pasado en su vida?
b) ¿Y cuál la más embarazosa?
40. ¿Qué experiencia de su vida ha sido más feliz?
41. ¿Qué debe defender un hombre como su honor?
42. a) ¿Cuáles son las cualidades o virtudes que un hombre debe tener?
b) ¿Y las de una mujer?
43. ¿Qué piensa del machismo? (Se deberá inducir al entrevistado a dar una respuesta amplia.)
44. a) ¿Qué personaje o personajes, presentes o pasados, admira usted más?
b) ¿Y por qué?
45. a) ¿Qué opina usted de Pancho Villa?
b) ¿De Cuauhtémoc?
c) ¿De Jorge Negrete?
d) ¿De Emiliano Zapata?
46. a) ¿Qué debe hacer el hombre cuando lo engaña la mujer?
b) ¿Y qué debe hacer la mujer cuando el hombre la engaña?
47. a) ¿Deben tener las mujeres los mismos derechos que los hombres?
b) ¿Por qué sí o por qué no?



306 HOMBRE Y SOCIEDAD EN EL PENSAMIENTO DE FROMM

48. a) ¿Cuáles considera los peores crímenes que una persona puede cometer?
b) ¿Por qué?
49. ¿Cuáles son las fuerzas que determinan el destino del hombre? (Nacimiento, circunstancias, etc.)
50. a) ¿Cree usted que llegará el día en que la humanidad haya abolido las guerras?
b) ¿Por qué?
c) ¿La pobreza?
d) ¿Por qué?
e) ¿La corrupción?
f) ¿Por qué?
51. ¿Qué cree usted que es el amor? (Que dé su opinión en sus propias palabras y sin limitaciones.)
52. a) ¿De qué manera expresa un padre su amor? (Con respecto a los hijos.)
b) ¿Y su madre?
55. ¿Cómo entiende usted el mandato: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo"?
56. a) ¿Es usted celoso?
Etc., etc.²⁶

Con este ejemplo y el juicio sobre el esperado carácter "revolucionario", el considerado por Fromm como verdaderamente productivo, normal o sano se tiene, creemos, la prueba evidente del carácter "valorativo" del método frommiano y de su dirigismo intencionado en base a su posición teórica.

Si fuera aplicado este mismo método a distintos grupos sociales de una misma cultura y a distintas culturas y sistemas políticos, quizá encontraríamos correlaciones entre estructura social o modos de producción y rasgos del carácter, pudiendo comprobar así su real validez desde el punto de vista sociológico. Por lo que se refiere al aspecto psicológico, creemos que la clara intencionalidad analítica conforme a categorías demasiado generales perjudica a los resultados de cara a su operatividad.

Si observamos otros modos de análisis, quizá podamos comprender mejor lo que queremos decir.

V.3.1. Posibilidad de un análisis estructural (o la estructura como guía de análisis)

A propósito del modo estructural de análisis de un conjunto de datos aportados por el sujeto acerca de sí y de su vida, tene-

²⁶ Fromm-Maccoby, *op. cit.*, pp. 313 y 315.

mos un ejemplo en la obra de Mucchielli: *Introducción a la psicología estructural*, ya citada.

Dice Mucchielli respecto de la significación del sueño —uno de los "datos" aportados por el sujeto—: «Todo sucede, en efecto, como si la estructura del sueño no fuera otra cosa que uno de los esquemas afectivo-motores del sujeto, o una combinación cualquiera de esquemas en escaso número. La estructura de significación del sueño o la dinámica inconsciente de la personalidad son una sola y misma cosa.»

Esta afirmación podría suscribirla Fromm dentro de la lógica de su sistema y, de hecho, a desarrollar esta idea hemos dedicado el capítulo referente al inconsciente. (Recordemos el mecanismo originario de significación emocional y su generalización metafórica a los hechos sucesivos.) De la persistencia significadora de estos esquemas nos habla esta frase de William James con que Mucchielli inicia el último capítulo de su obra:

«Todo estado emocional es por naturaleza ciego e insensible a todos los hechos que se le opongan.»

Pues bien, consciente Mucchielli de que está ante "estructuras de significación" para el sujeto, que inciden en la recepción selectiva y cualitativa de estímulos, trata de encontrar estas estructuras en los materiales psicoanalíticos. El busca, sobre todos los detalles, la Gestalt que define ese molde previo y persistente.

Veamos uno de los interesantes ejemplos con que ilustra su método:

«El señor O es un soltero de 37 años, que vive con su padre viudo, y trabaja en una fábrica. En la primera entrevista, describe con multitud de detalles impulsos homosexuales. Aunque nunca ha practicado la homosexualidad, se presenta a sí mismo como un homosexual, virtual ciertamente, pero particularmente vicioso. Cambiando de tema, detalla la conducta que mantiene con su padre y que considera indigna de un hijo. No le habla, ni le mira, ni le hace ningún favor, reacciona con gestos bruscos a toda advertencia, sale dando portazos, etc... Después, un momento después, aborda espontáneamente los problemas que tiene, referidos a su propio sexo, que encuentra ridículamente pequeño, mal conformado, etc...»

«La "materia" psicoanalítica —aclara Mucchielli— parece abundar, y, sin embargo, basta prestar atención a la estructura de lo que se ha dicho y buscar la constante formal de los tres tipos de confidencia, para percibirse de que el señor O no ha hecho a lo largo de su narración más que una y sola



cosa: *se ha acusado y ha tratado de que el terapeuta lo considere anormal. ¿Qué significación tiene el terapeuta para él? ¿Cuál es la reacción de esta significación con el esquema afectivo-postural desprendido? ¿A qué sistema existencial pertenece la estructura así revelada? Aún no se sabe. Pero es absolutamente cierto que esto es la forma significativa de lo que ya se sabe. Esta Gestalt puede y debe ser el objeto de una formulación, en el sentido estricto de poner en fórmula y formular. El sujeto la recibe de parte del terapeuta con un impacto emocional considerable y sorprendente; la reconoce como suya, de tal manera que excluye toda "resistencia" después de que la ve presente y reconocible en lo que ha dicho, sin que se haya añadido nada, sino su propia elucidación. Y al reconocerla como suya, toma conciencia de algo similar a una "tendencia general", digámoslo en nuestro vocabulario, a un axioma de su sistema existencial»²⁷.*

Mucchielli pretende haber hallado una de "las constantes formales" de la percepción y de las reacciones, que nos puede orientar sobre la significación que la situación vital tiene para un sujeto. Así puedo averiguar, en definitiva, la relación entre "el nivel de la afectividad y el de la reflexión", que es tanto como decir el grado de objetividad del sujeto, meta que persigue Fromm con el análisis del carácter. (Recuérdese que la objetividad es el fin de la curación.)

(Hacemos un inciso para insistir en la validez de un modelo de funcionalidad adecuada como elemento de contestación de los métodos sociales —o de las relaciones de asimilación y socialización— que la obstaculizan. La distorsión se produce vía afectividad y sólo vía afectividad se soluciona. No estamos ante una cognición intelectual de la situación y de sus posibles cambios. Estos han de ser de tal naturaleza que *afecten* o conmovan al modelo de relación "acuñado": «un movimiento que viene del pasado y que se abre a proyectos para el futuro» (en frase de Mucchielli).)

Volviendo a lo que íbamos, y para terminar de aclarar el procedimiento de análisis que nos ocupa, citaremos otro ejemplo, esta vez de un sueño y su análisis estructural, propuesto también por Mucchielli:

«Un hombre de 32 años, profesor de escuela, casado, sin hijos, me cuenta el siguiente sueño: "Se trata de un sueño muy sencillo. Voy a una ciudad, luego al campo, luego a otra ciudad. Lo único molesto es que soy un gigante, o que las

²⁷ Mucchielli, *op. cit.*, p. 235.

casas son liliputienses, ya que no puedo en forma alguna, y pese a mi deseo, entrar en ellas; son demasiado pequeñas y yo demasiado grande." Al despertarse, el soñador, no recuerda ninguna impresión personal particular experimentada durante el sueño ni después.»

El análisis de Mucchielli es como sigue:

«La estructura de la imagen situacional presentada por este sueño es igualmente simple: se ven tres temas*:

1. El sujeto no está en una relación normal con su entorno...
2. La adaptación se le hace imposible, pero se trata de un hecho y está obligado a reconocerlo aún sin comprender por qué...
3. No puede encontrar descanso, parada, ningún refugio...

El sujeto de que hablamos reconoce con extrañeza esta estructura como una constante de su existencia, constante de la que no tenía conciencia reflexiva. Esto sucede siendo el sujeto feliz conyugal y sexualmente. Evoca espontáneamente dos imágenes a continuación de la formulación de la estructura del sueño: por un lado, "la alegría personal exquisita" que experimenta al abrir la puerta del apartamento con sus llaves cuando vuelve del trabajo, y por otra parte, el recuerdo penoso de los años infantiles; sus padres estaban divorciados y él estaba siempre yendo de la casa de su padre a la casa de su madre y a la de su abuela, sin saber nunca cuál era la suya. La inadaptación de que da fe el sueño, la experimenta, reflexionando sobre ello, como "el sentimiento permanente de buscar su sitio en la sociedad y no haberlo encontrado, y quizá no tener ganas de encontrarlo".

Declara que le resulta muy difícil introducirse en los cuadros sociales sucesivos en que ha querido desempeñar un papel profesional, y que son muy "estrechos"²⁸.

V.3.2. El empleo del tiempo como guía del análisis

Otro factor de la situación humana tan determinante como el tipo de autoridad y en íntima correlación con ella, tanto que seguramente no podríamos decidirnos por uno u otro a la hora de buscar prioridades, es el empleo del tiempo.

La forma en que una persona emplea su tiempo, o más aún,

* El autor aclara a pie de página que utiliza el término "tema" «para representar el aspecto afectivo en el sentido de experimentado-no-reflexivo...»

²⁸ Mucchielli, *op. cit.*, pp. 178-179.



el hecho de que una persona tenga o no su tiempo es enormemente revelador de la orientación del carácter, pero es que además el uso del tiempo como categoría social está determinando en origen toda psicogénesis.

Acudiremos de nuevo a Lucien Sève para acercarnos a las dimensiones de este factor. Sève ha centrado su teoría de la personalidad precisamente en el hecho de que la actividad hace al individuo. La clave de las diferencias individuales está en el empleo del tiempo. Pero el tipo de actividad que produce y reproduce la personalidad está naturalmente sometida a las condiciones sociales objetivas que afectan a cada individuo concreto. De forma que «las infraestructuras de las personalidades reflejan necesariamente, en su tipología, las infraestructuras sociales: en realidad, este enunciado no es otra cosa que la proyección de la Sexta tesis sobre Feuerbach en la concepción del individuo concreto. Por consiguiente, no podría tratarse de una topología universal de «la» personalidad humana»²⁹.

Ya hicimos referencia antes a la problemática de fondo del planteamiento de Sève. Nos interesa ahora solamente destacar la efectiva utilidad que tiene para la psicología el estudio sistemático del trabajo humano de una época, de una clase, de una profesión. La enorme cantera de experimentación y análisis que proporciona el estudio del tipo de relación con el objeto, que se deriva de la organización y características del trabajo en cualquier etapa de la vida y dentro de cualquier espacio social, ha sido descuidado por Fromm como método inmediato, aunque su concepción básica de la naturaleza humana gire en torno a la necesidad de trabajo productivo —o trabajo concreto en la terminología más propiamente marxista.

En la concepción de Sève, el empleo del tiempo —infraestructura de la personalidad— está demarcado por dos grandes categorías de actividad: la actividad personal que se relaciona directamente con el individuo mismo: satisfacción de necesidades personales, aprendizaje de nuevas capacidades ajenas a las exigencias del trabajo social; y la otra, la que sólo es productiva en tanto que produce capital, de forma que sólo el poder adquisitivo del dinero que proporciona interviene en la producción y reproducción de la personalidad.

Es claro que Sève se mueve en un contexto de crítica al capitalismo. El trabajo concreto da lugar a un intercambio directo de actividad, pero no crea plusvalía ni, por tanto, produce capital.

²⁹ Sève, *Marxismo y estructura de la personalidad*, p. 309.

Entre estos dos ejes de la personalidad se extiende un conjunto de actividades intermedias, psicológicamente productivas, que van desde el ocio a las relaciones interpersonales, especialmente las familiares.

El tiempo se convierte en la necesidad fundamental. Tiempo para vivir frente a tiempo a vivir. El tiempo para vivir es la exigencia vital que determina la praxis social, la lucha de clases, el norte de una normativa real de acción humana, social y política. El descuido de este aspecto que, por otro lado, aunque de forma más empírica, está poniendo en evidencia la psicología del trabajo cada vez con más fuerza, es la laguna que hace que el método de Fromm corra el riesgo de quedarse al otro lado de la frontera especulativo-idealista.

Así, de cara a la fundamentación de una psicología social o de una psicología concreta, nos parece que el empleo del tiempo es una vía adecuada y fructífera para relacionar las instancias psíquicas y sociales, o mejor aún, para ver con evidencia la imposibilidad de su separación en la realidad y cómo, por consecuencia, es erróneo cualquier otro planteamiento de tipo individualista o abstracto.

Vamos a citar dos párrafos de Sève como guía del camino a recorrer. No haremos un resumen de su postura, que en todo caso ya dijimos que no pasa el umbral del planteamiento.

La interacción, vía contradicción, entre personalidad y empleo del tiempo, o entre infraestructura interna y externa, puede ser rastreada en estos sugerentes párrafos:

«Pero lo que nos importa, a fin de cuentas, no es meramente identificar y describir la infraestructura de la personalidad, sino sobre todo señalar sus contradicciones principales, y por ese medio lograr acceso a sus leyes de desarrollo.»

La contradicción central viene expresada por la escisión entre personalidad concreta y abstracta que «opone la actividad psicológica a sí misma, y le impone un modo de desarrollo que la encierra dentro de límites casi infranqueables»...

Así ocurre que

«la personalidad concreta se presenta por de pronto como un conjunto de actividades personales, aún interpersonales, que se despliegan como manifestación de sí mismo; no obstante, incluso sin examinar aquí cuál es el desarrollo histórico cuyos estigmas ostenta, es regla general de la sociedad capitalista que esa personalidad concreta esté, a la vez, separada del trabajo social y subordinada esencialmente a sus



productos, vale decir, a la personalidad abstracta, que la cerca, la invade, la aplasta, la despedaza de manera más o menos profunda, no sólo desde el exterior, sino también desde el interior. En cambio, la actividad abstracta se manifiesta desde un primer momento como actividad alienada, sometida a la necesidad exterior y más o menos ajena a las aspiraciones de la personalidad concreta, siendo, sin embargo, aquella en la cual el individuo se halla en presencia de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales desarrolladas, de los inmensos medios creados a lo largo de la historia humana para dominar la naturaleza y organizar la sociedad; en suma, del patrimonio, de la esencia real de la humanidad en su parte principal, o sea que es la actividad en la que el individuo debería poder apropiarse efectivamente de la esencia humana...»

«Así, los dos hombres que habitan en cada individuo son, cada uno de ellos, la alienación del otro; y vivir en tales condiciones supone siempre el renunciamiento a alguna razón de vivir»³⁰.

No está hablando Sève, como podría pensarse, de la contradicción expresada con el principio del placer frente al principio de la realidad. Sève habla de la contradicción superpuesta que impide que dicha contradicción pueda resolverse vía realidad.

No importa ahora el origen de la contradicción superpuesta —que ya vimos que para Fromm dimana del poder—, lo que importa es señalar, como lo hace Sève, el núcleo real o empírico del conflicto, su manifestación concreta.

Porque, efectivamente, en el tiempo y por el uso del tiempo se manifiestan y desarrollan las capacidades del individuo, base de su personalidad. Una nueva habilidad o saber adquiridos en un tiempo pueden afectar a su vez al sucesivo empleo del tiempo y a la personalidad en su proceso continuo de enriquecimiento que incide en el carácter. Un tiempo vivido como experiencia vital o como medio para adquirir dinero o poder frente a otros nos puede dar la clave para analizar un carácter.

En el empleo del tiempo se puede encontrar la mejor expresión del conflicto individuo-sociedad —en definitiva de la dialéctica social—, siempre que admitamos que el individuo, determinado en su empleo del tiempo por las estructuras sociales, tiene necesidad de una forma específica de vivir el tiempo.

Esa *necesidad*, consciente de sí misma, que exige tiempo para vivir porque es capaz de diferenciar el uso productivo o improductivo para sí del tiempo, es en definitiva lo que la antropología frommiana está defendiendo.

³⁰ Sève, *op. cit.*, pp. 313-14.

Si traemos aquí la propuesta metodológica de Sève es como complemento, no como alternativa. Realmente, si “el empleo del tiempo” puede ser una matriz de trabajo eficaz y sugerente, se queda, en tanto se reduzca a sí misma, muy corta respecto a la inmensa cadena de fenómenos que se dan en el hecho psicológico, incluso si es tomada a nivel de nódulo genético.

Porque, efectivamente, Sève pretende haber introducido el elemento explicativo del Edipo frente a la interpretación “supraestructural” de Lacan o la “biologista” de Freud. El trabajo viene a ser el sustituto de la “instancia de interdicción” (prohibición del incesto) que liga el deseo con la Ley y de la supuesta base impulsiva.

Por eso los niños vendrían a ser la radiografía de la pareja, de la familia en su conjunto, y, a su través, de las relaciones sociales. Y en ese contexto se pregunta Sève: «¿No será *el empleo del tiempo real de los padres y la familia* un importantísimo elemento de esta modulación dialéctica de la personalidad naciente de los niños?»³¹.

No queríamos en este momento fijarnos en más aspectos que los puramente empíricos, pero no vamos a desaprovechar la ocasión de destacar el hecho de que el carácter dialéctico del empleo del tiempo viene determinado no sólo por el trabajo social —o por las relaciones sociales—, sino por la propia disposición del individuo en génesis. Dice Sève: «Si existe algo que un niño —aún en edad escolar— se muestra poco capaz de hacer es distribuir su empleo del tiempo por sí mismo y de modo coherente; por el contrario, en cuanto, debido a cualquier causa o demora, se suspende el empleo del tiempo impuesto desde afuera, su actividad tiende hacia las formas más anárquicas. Esto pone de relieve hasta qué punto el empleo del tiempo es una realidad esencial de la personalidad *desarrollada*, y a la par hasta qué punto es *exterior a la infancia* la fuente de esa personalidad»³².

Si es verdad que el empleo del tiempo ayuda a comprender el proceso por el cual el contacto del niño con el adulto se traduce en una personalidad “desarrollada”, lo que también pone en evidencia dicho empleo es que el niño, libre de coacción exterior, tiende a un empleo del tiempo “*sui generis*” que sólo puede ser calificado de anárquico desde el sistema constituido o desarrollado socialmente, pero que no prueba en absoluto que de él no se derive un desarrollo psicológico produc-

³¹ Sève, *op. cit.*, p. 316. (Subrayado del autor.)

³² Sève, *op. cit.*, p. 315. (Subrayado del autor.)



tivo. Recordemos otra vez la capacidad de actividad espontánea que Fromm introduce en el proceso de formación humana y social como elemento dinámico y dinamizador, junto con los elementos externos socio-económicos. Es desde este mismo postulado desde donde nos parece de enorme utilidad la introducción del "empleo del tiempo" como vía de análisis y de praxis.

Es precisamente la categoría frommiana de experiencia vital propia de lo humano la que da sentido a los tres elementos de análisis del carácter que hemos reflejado: la autoridad, la estructura como significado-significante y el empleo del tiempo. Y no sólo les da sentido como aspectos considerados en sí, sino, y sobre todo, como factores que forman un conjunto insoluble.

Y quizá sea cierto que el factor autoridad refleja a los demás si tenemos en cuenta que los sociólogos funcionalistas americanos * asumen como génesis social la propuesta freudiana de que la neutralidad afectiva del padre con respecto a los hijos (o del terapeuta con respecto al paciente) genera la agresividad y competitividad que sustenta al sistema capitalista. Y dicha "neutralidad" o negación afectiva es el más despótico acto de poder que un adulto puede ejercer ante un niño (o ante otro adulto que a pesar de los tabúes ha llegado a conectar con su necesidad afectiva), con independencia del empleo del tiempo que luego disponga el adulto para ese niño. El problema es saber si tal "neutralidad" no es más que una incapacidad generada precisamente por el empleo del tiempo que el sistema social dispone para el varón, con lo cual habríamos invertido causa y efecto. Pero éste es el problema de todo funcionalismo, y de él quisiéramos salvar al método frommiano porque consideramos que sus categorías esenciales están por encima y en contra de la ingenuidad o "pragmatismo" de dicho funcionalismo.

* * *

Después de estas consideraciones generales respecto al carácter o formación de la personalidad, veamos, siguiendo a Fromm, por qué mecanismos psico-sociales se explica el desarrollo del individuo concreto.

* Véase, por ejemplo, Parsons, *El sistema social*, espec. cap. 6.

V.4. INTERACCIÓN PSICO-SOCIAL: FORMACIÓN DEL CARÁCTER SOCIAL

Hemos dicho que los procesos de formación del carácter —asimilación y socialización— guardan estrecha relación con la estructura social. Del mismo modo existe correlación entre estructura caracterológica y estructura social.

Dice Fromm:

«En vista del énfasis habitual que se pone en el efecto de la cultura sobre la personalidad, quisiera dejar establecido que la relación entre la sociedad y el individuo no debe entenderse simplemente en el sentido de que los patrones culturales y las instituciones sociales ejercen su "influencia" sobre el individuo. La interacción es mucho más profunda; la personalidad total del individuo término medio es modelada por el modo en que se relacionan los individuos entre sí, y está determinada por la estructura socioeconómica y política de la sociedad, a tal grado que del análisis de un individuo puede deducirse, en principio, la totalidad de la estructura social en que vive»³³.

Hay ciertos textos de Freud que son recogidos por Fromm en su obra *La misión de Freud* que pueden servir de introducción ilustrativa a un concepto social del carácter. Dice Freud: «La muchedumbre da salida a sus impulsos y nosotros nos abstenemos. Nosotros ahorramos, no sabemos para qué.» «Hay una psicología del hombre común que difiere algo de la nuestra.» «Sólo ellos viven en el sentido en que una vida se continúa en la siguiente, mientras que para cada uno de nosotros el mundo se desvanece con nuestra muerte.» Con estas frases quedan reflejadas las actitudes de la burguesía y del pueblo (das Volk). Fromm encuentra en la actitud del burgués la típica actitud de la clase media del siglo XIX: el deseo de tener frente al de ser. En todo caso son un buen ejemplo, ya en el mismo Freud, de la correlación estructura social-estructura psicológica. Son frases que suponen la intuición puramente empírica de una psicología de clases: de una psicología social fundamentada en el modo de producción.

Fromm recoge la sugerencia del maestro. Su concepto de "carácter social" viene a convertirse para sus comentaristas en el eje de su concepción antropológica. Y, en efecto, el carácter es el vehículo de interacción psicosocial. «Marx y Engels —dice

³³ Fromm, *Ética*, p. 93.

Fromm— no demostraron, como lo admitió Engels en forma bastante explícita, *de qué manera* se transforman las bases económicas en una superestructura ideológica. Estimo que mediante el uso de los instrumentos psicoanalíticos podrá llenarse esta laguna en la teoría marxista, y que es posible demostrar los mecanismos por los cuales se vinculan la estructura económica y la superestructura. Una de dichas conexiones radica en lo que he llamado el carácter social, y la otra en la naturaleza del inconsciente social»³⁴.

Pues bien, carácter social es para Fromm el carácter típico de una sociedad (nación, grupo social o clases dentro de una sociedad), es decir, el «núcleo de la estructura del carácter que es compartido por la mayoría de los miembros de una misma cultura, en contraposición al carácter individual, en el que las personas que pertenecen a una misma cultura difieren entre sí»³⁵.

Si bien es cierto que para Fromm no existe sociedad en general, sino estructura social concreta con funcionamiento específico y característico, cuando se refiere a las condiciones objetivas que la definen hablará de «métodos de producción que a su vez dependen de la materia prima, de las técnicas industriales, del clima, de la densidad de la población, así como de factores políticos y geográficos, y tradiciones e influencias culturales a las que la sociedad está expuesta»³⁶. Con lo cual, a nuestro modo de ver, comienza a perder de vista el análisis socio-económico en términos de fuerzas sociales y con ello a quedarse, en la práctica, en la frontera de las superficiales consideraciones psicológicas de orientación ambientalista.

Así, frente a la rica cantera que aporta la consideración marxista del trabajo desde sus distintos enfoques —división del trabajo, trabajo alienado, trabajo abstracto y concreto que constituye la vía regia de análisis de la realidad en su vertiente de conexión íntima con la conducta del hombre y, por tanto, con su naturaleza, Fromm se queda en extrapolaciones vagas —que pueden ser ciertas, pero siempre parciales— acerca de las *necesidades sociales* del trabajo, tales como la necesidad de «disciplina, orden y puntualidad» que caracteriza a la sociedad industrial que «no podría haber logrado sus fines si no hubiese contenido la energía de los hombres libres para destinarla al trabajo hasta alcanzar un grado jamás antes sospechado»³⁷. El

³⁴ Fromm, *Cadenas*, p. 66.

³⁵ Fromm, *Cadenas*, p. 71.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ Fromm, *Cadenas*, p. 72.

hombre tiene que transformarse de acuerdo con la dinámica de esa sociedad en una persona «ávida de consumir la mayor parte de su energía trabajando»³⁸. El capitalismo del siglo XIX, sin embargo, estaba centrado en acumular capital y, por lo tanto, poseído por la necesidad de ahorrar. Así que «la abstención del consumo, el ahorro, y el respeto a la autoridad no sólo eran virtudes, sino satisfacciones para el miembro común de la clase media»³⁹. Ahora, sin embargo, la meta social no es poseer, sino usar. A su vez, el control, el ejercicio de la autoridad, no es ya autoritario, sino que es suscitado por el consentimiento, es un dominio legal, que diría Max Weber.

Según esto, la función del carácter social sería internalizar esas necesidades del sistema productivo de forma que «las energías de los miembros de la sociedad» queden canalizadas y automatizadas según requiere la situación, de modo que deseen actuar como tienen que hacerlo.

Quedan expresados así los dos polos de la interacción: energía, o necesidades propias del funcionamiento de la naturaleza humana, y necesidades sociales.

No es, por tanto, una correspondencia inmediata la que existe entre carácter y estructura social. El correlato tiene que pasar a través de un sistema de referencia operante. Quiere decir esto que no sólo actúan las necesidades sociales en el proceso y cambio de la sociedad, sino que a su vez «los cambios sociales están determinados por las necesidades humanas fundamentales que aprovechan, por decirlo así, las circunstancias favorables para su realización»⁴⁰. Así, por ejemplo, en la Revolución Francesa no interviene sólo la fuerza o empuje económico y social de una nueva clase productiva, sino también «un auténtico deseo de libertad inherente a ellos (clases sociales oprimidas) como seres humanos». De hecho, «la libertad como condición absoluta para el desenvolvimiento total del hombre» es un concepto asumido expresamente por la Revolución.

Se comprende después de esto que el concepto de carácter social venga efectivamente a resumir en sí toda la concepción antropológica de Fromm, de forma que puede considerarse que todo lo que llevamos expuesto es en realidad el desarrollo de esta noción. En este sentido hemos dejado montadas las bases. No obstante, el carácter social se traduce en un contenido determinado.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*.

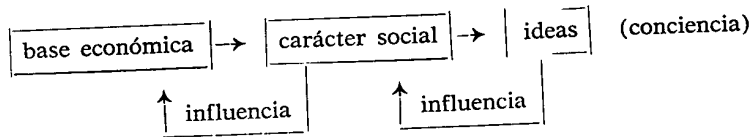
⁴⁰ Fromm, *Cadenas*, p. 74.



Es el contenido el que constituye la motivación de la conducta humana. Es un contenido mental, consciente e inconsciente. Pues bien, mientras para Marx dichos contenidos mentales son consecuencia inmediata de la posición de clase del sujeto, para Fromm son esto y la expresión —materializada en términos sociales también— de las necesidades existenciales. Así se explica que la libertad haya constituido «un ideal para los hebreos en Egipto, para los esclavos en Roma, para los labriegos alemanes del siglo XVI, y los trabajadores alemanes que lucharon contra los dictadores de la Alemania Oriental»⁴¹.

Por qué unas ideas adquieren más fuerza en una época que en otra es algo que habrá que explicar únicamente en términos históricos. Pero hay que tener en cuenta que «no sólo la “base económica” crea un cierto carácter social y unas determinadas ideas, sino que éstas, una vez creadas, también influyen en el carácter social e indirectamente a la estructura económica de la sociedad». El carácter social actúa, pues, de «intermediario entre la estructura socioeconómica y las ideas e ideales que imperan en una sociedad»⁴².

Este es el esquema que representa esa función:



Habría que añadir que las flechas de retro-acción representan un auténtico feed-back que opera respecto del contenido y su referente energético, es decir, que opera psicosocialmente. Sólo así se refleja el hecho de que el carácter social constituya un refuerzo del sistema y, en un momento dado (ante determinadas condiciones), se convierta en factor de cambio, o de distorsión, o de disolución. Lo cual expresa a su vez que entre “condiciones objetivas” y carácter social se da de hecho una interacción, o que ambas instancias son agentes de un solo momento dialéctico. De forma que las “fuerzas” psíquicas no son exteriores a la sociedad, ni actúan fuera de su socialización, pero actúan, y como actúan están presentes en la génesis del conflicto de donde saldrá una nueva estructura social. Esto quiere decir que las contradicciones sociales tienen una doble dimensión: socio-económica y psicológica, cosa que ya hemos

⁴¹ Fromm, *Cadenas*, p. 77.

⁴² Fromm, *Cadenas*, p. 78.

discutido ampliamente. Eso hace que la contradicción afecte también a la personalidad humana.

Gino Germani, en su prólogo a *El miedo a la libertad*, expresa esto y lo ilustra presentando al existencialismo como expresión ideológica de la crisis de la personalidad en el período postbélico en que irrumpe. Del mismo modo, la actitud pesimista e individualista sería la expresión peculiar de las clases en decadencia. Lo cual nos recuerda la referencia de Freud a unas diferencias psicológicas de clase en un momento histórico concreto.

V.4.1. *El carácter social del hombre actual*

A estudiar las características de la vida (valores, tipo de relaciones interpersonales, costumbres) que genera el modo de producción capitalista, para deducir así el carácter del hombre actual, dedica Fromm una parte considerable de su obra: *The Sane Society* y *The Fear of Freedom* están orientadas a conseguir esa meta. En su más reciente obra, *To Have or to Be?*⁴³, se enfrenta directamente con la consideración totalmente negativa que le merece el sistema de valores del mundo industrial moderno, para terminar proponiendo una serie de puntos a modo de receta a seguir para curar a esta sociedad.

Consideramos que es ésta la parte más endeble de su obra y por ello no vamos a hacer un examen exhaustivo de la misma.

De todos modos, el posible subjetivismo de sus interpretaciones, motivado sobre todo porque no se mueve en el campo metodológico que a ese análisis correspondería, no invalida su planteamiento teórico antropológico. Desde él habría que replantearse el estudio concreto de la personalidad, quizá desde metodologías que aquí quedan apuntadas o desde la propia sociología del trabajo y de la industria, tan necesitada de un fundamento teórico que sustente la acción del profesional de modo que su labor no se reduzca a la descripción—“interpretación” o a la aplicación de prácticas psicosociales que no hacen más que poner parches allí donde se manifiesta el síntoma de las disfunciones del sistema. Juzgamos que esta labor está todavía por hacer, aunque la moderna sociología esté apuntando caminos que pueden ser fructíferos. Recordemos la cada vez

⁴³ Fromm, *To Have or to Be?*, publicado en 1976 por Harper and Row, Nueva York. Traducido al alemán también en 1976 por la Deutsche Verlags Anstalt de Stuttgart, la versión manejada por nosotros. Acaba de ser publicada en español por el F.C.E., México, 1978.

más reconocida necesidad —y derecho— de todo hombre a participar en la doble condición del trabajo humano: su concepción-gestión y su ejecución. Merece también que citemos la escuela institucionalista francesa con su intento de asumir la praxis social como método de trabajo dentro de las instituciones. Todo apunta, en este campo de la sociología, a una síntesis entre las antagónicas posturas funcionalista y dialéctica, similar a la que el planteamiento teórico frommiano sugiere.

No obstante, hecha la salvedad de que aquí se abre otro aspecto que debería ser tratado en otro contexto teórico y que daría pie a un trabajo complementario pero distinto al que nosotros nos hemos comprometido a realizar, vamos a resumir las líneas generales de la interpretación sociológica del mundo moderno que sirve a Fromm de base para su caracterología.

En *El miedo a la libertad*, obra dedicada a la defensa de la libertad como una condición esencial de la naturaleza humana, comienza Fromm por considerar a la historia como un proceso de individualización que le une a la naturaleza. Parece que este proceso ha alcanzado su mayor intensidad durante los siglos comprendidos entre la Reforma y nuestros tiempos⁴⁴.

Este proceso de individuación tiene un carácter dialéctico; por un lado, «se desarrolla una estructura organizada, guiada por la voluntad y la razón cuyos límites vienen dados, esencialmente, por las condiciones sociales, pero por otro aumenta la soledad que puede generar angustia e impotencia que conduzcan al individuo a un deseo de sumisión a una autoridad integradora».

Hay otro aspecto de ese dialéctico proceso: «mientras el proceso de individuación se desarrolla automáticamente, el crecimiento del Yo es dificultado por un cierto número de causas individuales y sociales»⁴⁵.

Tanto una como otra contradicción puede ser afrontada y resuelta con la solidaridad activa, el trabajo y el amor espontáneos o puede ser negada con la re-integración irracional en los lazos primarios, adopten la forma que adopten: clan, ideología, religión...

En este contexto, Fromm considera a la Edad Media como una etapa preindividual. Es con la Reforma como surge un nuevo concepto de libertad. Es un proceso que se inicia con el Renacimiento. Por un lado, crea la independencia del hombre frente a las autoridades externas y por otro su sentimiento de

⁴⁴ Fromm, *Miedo*, p. 51.

⁴⁵ Fromm, *Miedo*, p. 57.

insignificancia e impotencia, derivado de su aislamiento creciente. De esta forma la libertad adquiere un carácter ambiguo⁴⁶.

Fromm encuentra gran similitud entre ese período histórico y el actual:

«Entonces como ahora había un vasto sector de la población que se hallaba amenazado en sus formas tradicionales de vida por obra de cambios revolucionarios en la organización económica y social; especialmente se veía amenazada la clase media, tal como lo está hoy, por el poder de los monopolios y por la fuerza superior del capital, y tal amenaza ejercía un importante efecto sobre el espíritu y la ideología del sector amenazado, al agravar el sentimiento de soledad e insignificancia del individuo»⁴⁷.

El mundo medieval aseguraba a cada cual su puesto en el orden social de forma que el hombre se hallaba arraigado en un todo estructurado: la persona se identificaba con su papel social. Este orden social está considerado como un orden natural. Dentro de esto, el individuo gozaba de una gran libertad en su trabajo y en su vida emocional. La conciencia de sí, en todo caso, le venía como miembro de una raza, pueblo, familia o corporación.

Con la aparición de una clase adinerada como consecuencia del comercio, la estratificación de clases medieval perdió su significado e importancia. Las castas de nobles y burgueses se hacen permeables. Además, ha surgido una masa urbana de trabajadores desprovistos de todo poder político, pero que pechan con las cargas fiscales. El hombre se descubre a sí mismo y a los demás como individuos, como entes separados. La naturaleza aparece como objeto de dominación teórica y práctica. Se descubren nuevos mundos. Se desarrolla un espíritu cosmopolita. Se inicia una cultura de ricos nobles o burgueses que se ven obligados a competir entre sí y a luchar contra la masa creciente de desheredados. Una voracidad insaciable de poder y riqueza ha aparecido. Los otros son "objetos" para ser usados o destruidos si ello convenía a los fines. La solidaridad es reemplazada por el cinismo y la indiferencia. La filosofía muestra la contradicción de la situación: se ensalza la individualidad, la dignidad, la fuerza; se muestra el escepticismo, la duda, la angustia.

Frente a la inseguridad del significado de la vida, un anhelo

⁴⁶ Fromm, *op. cit.*, p. 65.

⁴⁷ Fromm, *Miedo*, p. 66.



apasionado de la fama. He aquí un rasgo de carácter. Su función: colocar la propia vida por encima de sus limitaciones, elevarla a un plano indestructible. Meta sólo alcanzable por la clase que tiene los medios.

Sin embargo, aunque esta transformación renacentista se mantiene, «las raíces esenciales del capitalismo europeo, su estructura económica y su espíritu no han de hallarse en la cultura italiana de la baja Edad Media, sino en la situación económica y social de la Europa Central y Occidental y en las doctrinas de Lutero y Calvino»⁴⁸.

Abandona así Fromm el análisis de Burckhardt para asumir el de Max Weber.

El protestantismo viene a ser la ideología que asume la situación desesperada de la clase media frente a la de los ricos monopolistas durante los siglos XV y XVI.

Estas palabras de Lutero, que transcribe Fromm, son una muestra de ello:

«Ellos (los ricos) tienen bajo su vigilancia todos los bienes y practican sin disimulo todos los engaños que han sido mencionados; suben y bajan los precios según su gusto, y oprimen y arruinan a todos los pequeños comerciantes, al modo como el lucio come los pececillos, justamente como si fueran señores de las criaturas de Dios y no tuvieran obligación de prestar obediencia a todas las leyes de la fe y el amor»⁴⁹.

Efectivamente, las oportunidades de los jornaleros eran cada vez más escasas y al mismo tiempo los pequeños comerciantes y negociantes, así como los «industriales», se veían incapaces de competir. El campesinado era sometido cada vez a más tributos y servicios en favor de los privilegios de los señores.

En estas condiciones, el tiempo y el trabajo, así como el rechazo de cualquier gasto que no fuera en algo útil, se convirtieron en valores supremos. Todo lo improductivo (bienes eclesiásticos, órdenes mendicantes) era inmoral. Una de las más altas virtudes, la eficacia.

El capital, el mercado y la competencia condujeron al hombre hacia la inseguridad, la soledad y la angustia. El capital pasó de sirviente a amo. Una fuerza impersonal determinaba ahora el destino económico del hombre y con él su destino personal.

El mercado desbordaba ahora las necesidades de consumo.

⁴⁸ Fromm, *Miedo*, p. 78.

⁴⁹ Lutero, citado por Fromm en *Miedo*, pp. 85-86.

No habría que producir mercaderías útiles, sino excedentes para la venta. Las leyes imprevisibles del mercado determinarían si los productos podían ser vendidos y con qué beneficios.

Así, la competencia entre individuos era la regla de oro. «Cada palo que aguante su vela.» Cada individuo debía seguir adelante y tentar la suerte. Debía nadar o hundirse.

Con esto el individuo se convirtió en dueño de su destino: suyo era el riesgo, suyo el beneficio. El dinero resultó más poderoso que el nacimiento y la casta. El éxito llevaba a la independencia económica. El capitalismo libertó al hombre: lo libertó de la reglamentación del sistema corporativo. La soledad e inseguridad que provoca la nueva libertad es aliviada si el individuo obra con éxito.

Los pobres y ricos se distancian más cada vez. Para los hombres de las ciudades, para los campesinos y las clases medias burguesas surgen las nuevas doctrinas religiosas, no para los ricos. Son expresión de su carácter. Vienen a solucionar su sentimiento de inseguridad. Se hallan arraigadas en poderosas necesidades de su personalidad. Ello explica su éxito. Y es que Lutero participa de esa personalidad.

«Lutero dio al hombre independencia en las cuestiones religiosas; despojó a la Iglesia de su autoridad, otorgándola, en cambio, al individuo; su concepto de la fe y de la salvación se apoya en la experiencia individual subjetiva, según la cual toda la responsabilidad cae sobre el individuo y ninguna sobre una autoridad susceptible de darle lo que él mismo es incapaz de obtener»⁵⁰.

La Iglesia medieval predicaba la importancia de la dignidad humana, el libre albedrío y la utilidad del esfuerzo individual para lograr la salvación, así como la semejanza con Dios y la igualdad entre los hombres. Con el surgimiento del nuevo orden social de incipiente capitalismo, la doctrina católica refleja «el espíritu prevaleciente en aquellos grupos sociales que debían a su posición económica el sentimiento de poder e independencia que los animaba»⁵¹.

Frente a soluciones por vía racional de la duda angustiada que atenaza a toda una clase insegura e impotente, se escogen soluciones irracionales como la sumisión receptiva del individuo a Dios por vía de la fe como sentimiento.

El hombre de la clase media —dice Fromm— se hallaba en-

⁵⁰ Fromm, *Miedo*, p. 104.

⁵¹ *Ibidem*.

tre dos bloques igualmente peligrosos para ella: por un lado, los crecientes monopolios y los poderosos; por otro, la masa de campesinos y jornaleros de las ciudades que amenazaba el orden social que ella quería, sin embargo, conservar porque aún tenía privilegios sobre esas masas.

Esa contradicción de su postura se halla presente en las nuevas doctrinas:

«... la teología luterana manifiesta tal sentimiento de desamparo y de duda. La imagen del hombre que Lutero expresa en términos religiosos describe la situación del individuo tal como había sido producida por la evolución general, social y económica. El miembro de la clase media se hallaba tan indefenso frente a las nuevas fuerzas económicas como el hombre descrito por Lutero lo estaba en sus relaciones con Dios»⁵².

Lutero es por eso ambivalente frente a la autoridad —a la cual combate, pero a la que a toda costa defiende— y frente a las masas: contra las cuales está en la medida en que éstas se salgan de los límites que él mismo ha fijado.

Fromm cree que, en consecuencia, la doctrina protestante ha abonado el terreno psicológico a favor de la actividad económica y la acumulación del capital.

La posición doctrinal de Lutero en ese sentido es reforzada por la de Calvino, especialmente por lo que se refiere al trabajo: «el individuo debe estar activo para poder superar su sentimiento de duda y de impotencia»⁵³. Fromm ve esta necesidad de actividad como algo compulsivo, como una manera desesperada de evadirse de la angustia. Este “hacer algo” se orientó finalmente a la propia ocupación, llegando a ser el éxito o el fracaso en los negocios signo de gracia o condenación.

Fromm considera a «esta nueva actitud con respecto a la actividad y al trabajo considerados como fines en sí mismos, como la transformación psicológica de mayor importancia que haya experimentado el hombre desde final de la Edad Media»⁵⁴. De forma que «lo nuevo en la sociedad moderna fue que los hombres estaban ahora impulsados a trabajar, no tanto por la presión exterior como por una tendencia compulsiva interna»...⁵⁵.

De este modo, la mayor parte de las energías humanas se

⁵² Fromm, *Miedo*, p. 111.

⁵³ Fromm, *op. cit.*, p. 123.

⁵⁴ Fromm, *Miedo*, p. 125.

⁵⁵ *Ibidem*.

encauzaron hacia el trabajo, sin el cual no hubiera tenido lugar el desarrollo del capitalismo.

Pues bien, este desarrollo capitalista ha continuado la obra iniciada por el protestantismo, al liberar al hombre espiritualmente, dándole libertad desde el punto de vista mental, social y político. «La libertad económica constituía la base de ese desarrollo»⁵⁶.

Fromm valora el efecto de la sociedad industrial sobre la personalidad humana y sus libertades íntimas como de “enorme progreso”, y tacha de romanticismo irracional el que se descuide este aspecto de conjunto al valorar la sociedad moderna.

Pero no adelantemos acontecimientos. Veamos con más detalle su análisis de dicha sociedad.

La obra especialmente indicada para ello es *The Sane Society*⁵⁷. El quinto capítulo de esta obra está dedicado a la consideración de los cambios sociales y económicos de los siglos XIX y XX. Aunque en rigor habría que decir que gran parte de sus numerosas obras están dedicadas fundamentalmente a la crítica y valoración de la sociedad actual, al hilo de sus supuestos teóricos. De hecho, el juicio que le merece la vida en la sociedad industrial es una base de lanzamiento y especulación para sus postulados éticos. Para hacer esto se sirve del marxismo, de la sociología americana, de la literatura actual, y todo ello en un marco evidentemente existencialista por más que Fromm apenas cite a estos pensadores.

Pero veamos, por lo que pueda tener de más concreto, qué dice Fromm del siglo XIX en la obra arriba mencionada.

«El elemento más característico del capitalismo del XIX fue ante todo la explotación despiadada del trabajador»⁵⁸. Por otro lado, «la lucha de la competencia contra los iguales es tan despiadada e ilimitada como la explotación de los trabajadores»⁵⁹.

Con las máquinas crece la división del trabajo y el tamaño de las empresas. El mercado es el primer centro regulador de la vida económica, libre de cualquier restricción de tipo tradicional. El empresario amplía su empresa no porque *quiere*, sino porque *tiene* que hacerlo para sobrevivir. La ley económica opera así a espaldas del hombre. El mercado regula también las relaciones de trabajo y, por tanto, las relaciones humanas.

⁵⁶ Fromm, *op. cit.*, p. 140.

⁵⁷ Fromm, *The Sane Society*, 1955 Holt, Rinehart and Winston. N. Y. Versión española: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, F.C.E., México, 1971.

⁵⁸ Fromm, *Sociedad*, p. 77.

⁵⁹ *Ibidem*.



Los factores esenciales de este sistema son: la competencia y la obtención del máximo beneficio. Con la particularidad de que en la distribución de ese beneficio no hay proporción entre el esfuerzo de unos y otros en la producción y su respectiva participación en el mismo. De esto deviene una grave consecuencia psicológica: «la desvalorización del trabajo, de los esfuerzos y las habilidades del hombre»⁶⁰. Por otro lado, las oportunidades del individuo no vienen ya determinadas por sus propias capacidades, sino por la situación del mercado.

El carácter *privado* de este capitalismo generó el placer de la riqueza y el consumo, aspecto que se refleja en el carácter de la clase media y alta de las sociedades evolucionadas del XIX, frente a la obsesión del ahorro de las clases más atrasadas, cuyo carácter describe Freud como “anal”, mientras Fromm lo considera como la orientación “acumulativa” del carácter, de la que ya hemos hablado.

El carácter de mercancía del trabajo, con la nota de impersonalidad que introduce, hace que el principio del *empleo del hombre por el hombre* sea la piedra angular de las sociedades de clases. El hombre pasa a ser así un medio al servicio de los fines de otro hombre. La cooperación y solidaridad es así imposibilitado, ya que el derecho que confiere la compra de la fuerza de trabajo crea una obligación de prestar el servicio. De esta forma, «el capital, pasado muerto, emplea la vitalidad y la fuerza del presente. En la jerarquía capitalista de valores, el capital ocupa lugar más elevado que el trabajo, las cosas acumuladas más que las manifestaciones de la vida. El capital emplea trabajo, y no es el trabajo el que emplea capital»⁶¹. “Las cosas” se colocan por encima del hombre. «El conflicto entre capital y trabajo es mucho más que el conflicto entre dos clases, más que la lucha por una participación en el producto social. Es el conflicto entre dos principios de valoración: *el conflicto entre el mundo de las cosas y su acumulación y el mundo de la vida y su productividad*»⁶².

Esto, naturalmente, se refleja en el tipo de *autoridad* ejercido en este siglo. Fromm considera que se dan simultáneamente los dos tipos por él propuestos: la racional y la irracional o inhibitoria. La primera está presente como derivación directa del valor dado por el Renacimiento y la Reforma a la razón del hombre como guía de la conducta y de los juicios de valor;

esta autoridad está presente como respeto a la ciencia y al trabajo intelectual. Pero al mismo tiempo las nuevas condiciones económicas siguen potenciando un orden jerárquico basado en los derechos que confiere la propiedad del capital. La obediencia y sumisión, virtud para el antiguo régimen, lo sigue siendo para éste. No obstante, el individuo del XIX estaba poseído por un sentimiento de orgullo y dominio.

De esto concluye Fromm que «el carácter social del siglo XIX fue esencialmente competidor, acumulativo, explotador, autoritario, agresivo e individualista»⁶³.

De esta estructura se deriva el que la patología del hombre del XIX fuese acusada, fuente de sufrimiento y de falta de respeto para la dignidad humana. Entre los síntomas patógenos sitúa Fromm la tremenda represión del sexo y de todo lo natural.

Sin embargo, las perspectivas en el siglo XX son bien distintas. Digamos en principio que la situación de explotación del trabajador ha cambiado radicalmente en gran parte debido a su acción sindical. La represión del sexo ha desaparecido en gran parte también. La sumisión a la autoridad irracional inhibitoria también se ha superado, como se ve, por ejemplo, en las relaciones de padres e hijos. Crece un espíritu de “trabajo en equipo”. Es decir, los objetivos de los reformadores se han cumplido. Sin embargo, mentalmente el mundo de mediados del siglo XX está más enfermo que el de mediados del XIX. El “conformismo” es el nuevo peligro. Se corre el peligro no de la esclavitud, sino del robotismo. Se ha perdido la individualidad, la sensación de identidad. ¿Cuál es el carácter del siglo XX, que soporta esta patología?

Lo mismo que han sido radicales los cambios en la técnica industrial, en la economía y en la estructura social, lo han sido los cambios en el carácter del hombre. La importancia que ha cobrado el aspecto técnico es evidente. La mayor parte de la energía dedicada al trabajo es aportada por las máquinas. La tendencia a la automatización hace que esa proporción aumente. De ello se deriva la necesidad creciente de grandes concentraciones de capital. Las pequeñas empresas pierden posibilidades de supervivencia independiente de la grande. El poder económico de esas grandes concentraciones se acompaña del poder político. Este poder que corresponde a 200 grandes compañías está en manos de unos 2 000 individuos que, frente a una población de 125 millones (habla de Estados Unidos), están en situa-

⁶⁰ Fromm, *Sociedad*, p. 81.

⁶¹ Fromm, *Sociedad*, p. 84.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ Fromm, *Sociedad*, p. 87.



ción de controlar y dirigir la mitad de la industria. Por ejemplo, el 1 % del total de empresas de Estados Unidos emplean más del 50 % de toda la gente ocupada. Ha aumentado el número de asalariados a costa del de pequeños propietarios (agricultores, negociantes y profesionales), de forma que la composición de la clase media está ahora integrada por un cierto número de directores, y por profesionales asalariados, agentes de ventas y empleados administrativos. Esta clase ha crecido (como fuerza del trabajo), mientras los obreros manuales han descendido.

Fromm sigue enumerando los fenómenos de cambio que le parecen esenciales: la separación creciente de la dirección y la propiedad; aumento en importancia del mercado interior, producción y consumo en masa; mejora de la situación social del trabajador; desaparición del autoritarismo; métodos de organización científica del trabajo; etc.

No vamos en absoluto a comentar ni a discutir estas apreciaciones de tipo sociológico; ello se saldría totalmente del objetivo del trabajo; sólo queremos poner en evidencia los mecanismos de análisis paralelo sociedad-carácter que efectúa el autor.

Fromm se pregunta, en efecto, cuál será el tipo de carácter social adecuado al capitalismo del siglo xx, y concluye, como ya adelantamos en otro apartado, que este sistema «necesita hombres que cooperen sin razonamientos en grandes grupos, que deseen consumir cada vez más, y cuyos gustos estén estandarizados y fácilmente puedan ser influidos y previstos». «Necesita hombres que se sientan libres e independientes, no sometidos a ninguna autoridad, a ningún principio, a ninguna conciencia; pero que quieran ser mandados, hacer lo que se espera de ellos y adaptarse sin fricciones al mecanismo social»⁶⁴. Es decir, el sistema de producción contemporánea necesita hombres enajenados.

El concepto de enajenación es tomado por Fromm como el punto central para analizar el carácter social contemporáneo porque «ese concepto me parece —dice— tocar el nivel más profundo de la personalidad», y además porque «es el más apropiado si a uno le interesa la interacción entre la estructura socio-económica y la estructura de carácter del individuo medio»⁶⁵.

Ante esta importancia tan explícitamente conferida al tema vamos a abrir apartado especial para el mismo.

⁶⁴ Fromm, *Sociedad*, p. 96.
⁶⁵ Fromm, *op. cit.*, p. 97.

V.4.2. Enajenación del hombre actual

Digamos en primer lugar que la afirmación de Fromm acerca de la importancia de este concepto es totalmente coherente y lógica dentro de su concepción antropológica. El hombre puede estar, efectivamente, enajenado de aquello que es propio de su ser: un tipo de funcionalidad psíquica, unos contenidos cualitativos de referencia.

El discutido concepto sociológico, que adquiere dimensión categorial en muchas de las interpretaciones de la teoría marxista, bien para afirmarlo o negarlo, es enfocado por Fromm desde una dimensión psico-social, a la que a su vez habría que ubicar en un contexto filosófico de sustentación del concepto, que creemos ha quedado suficientemente pergeñado, ya que no discutido o acabado, por salirse, en parte, del enfoque psicológico central de este trabajo.

Para Fromm, la enajenación es un fenómeno empírico, concreto e identificable, producido por el moderno sistema de producción industrial capitalista (en el cual tiende a encuadrar también a los pretendidos países socialistas) que se traduce en un modo de experiencia.

«Entendemos por enajenación —dice Fromm— un modo de experiencia en que la persona se siente a sí misma como un extraño. Podría decirse que ha sido enajenado de sí mismo. No se siente a sí mismo como centro de su mundo, como creador de sus propios actos, sino que sus actos y las consecuencias de ellos se han convertido en amos suyos, a los cuales obedece y a los cuales quizás hasta adora. La persona enajenada no tiene contacto consigo misma, lo mismo que no lo tiene con ninguna otra persona. El, como todos los demás, se siente como se sienten las cosas, con los sentidos y con el sentido común, pero al mismo tiempo sin relacionarse productivamente consigo mismo y con el mundo exterior»⁶⁶.

Pues bien, ese “modo de experiencia” viene determinado por las relaciones de producción —más concretamente de trabajo— que devienen en síndrome de la personalidad y se manifiestan en la conducta.

El análisis del sistema de producción nos conduce al concepto de “cosificación” o fetichismo de la cosa, la mercancía o el dinero; una dimensión del proceso de producción capita-

⁶⁶ Fromm, *Sociedad*, p. 105.



lista por la cual el producto del trabajo humano se convierte en el amo y señor del hombre, como ocurrió con el becerro de oro en el Sinaí. Es una consecuencia lógica de haber puesto el centro de la vida social e individual en el tener y el usar en vez de en el ser⁶⁷.

Fromm ve, con Marx, la enajenación como enajenación del trabajo —aunque luego pierda de vista las posibilidades de este campo práctico, como hemos dicho— en su triple dimensión de enajenación del producto, de la actividad misma de trabajo que pierde su calidad de trabajo concreto (acto humano, libre y consciente) para convertirse en actividad enajenada, impuesta, fraccionada, dicotómica, improductiva (desde el punto de vista de la personalidad del trabajador), y, por último, enajenación de la dimensión genérica del hombre, que se relaciona consigo mismo y con sus semejantes a través del trabajo, de forma que éste que es el ser del hombre, su vida misma, aparece sólo como medio. De este modo el hombre queda enajenado de su ser que es ser social, con lo cual todo lo que es constituyente de su propio ser, la misma relación humana, se convierte en relaciones de cosas, en medio para los fines de la cosa.

Es claro que Fromm es un ardiente defensor de la no ruptura en el pensamiento de Marx⁶⁸. Por tanto, defensor de la supuesta base esencialista que la categoría de enajenación presenta en los Manuscritos y que hace referencia a un concepto positivo de naturaleza humana. (No vamos a traer aquí otra vez el concepto de esencialidad ya discutido.) Si Marx se toma la molestia de emprender su obra es porque está convencido de que el capitalismo no es consecuencia necesaria de la naturaleza humana —como podría pensarse desde un enfoque funcionalista y como de hecho piensa la Economía Política—, sino que desde el origen, al permitirse utilizar al hombre como medio y mercancía, termina negando lo más esencial de su existencia; lo cual es, desde su esencialidad —por supuesto histórica— reivindicable y salvable. (Ya hemos discutido sobradamente la ubicación de esa esencialidad histórica en la misma fuerza social que habrá de entrar en contradicción con la estructura social que la obstaculiza.) Ni vamos a replantearnos la cuestión de la esencialidad, ni vamos a entrar aquí en la discusión de la ruptura o no ruptura en el pensamiento de Marx. A nosotros nos interesa el enfoque frommiano y éste ya está claro. Citaremos con él, en apoyo de su tesis, y por lo que se refiere al

⁶⁷ Ver Fromm, *Crisis*, p. 13.

⁶⁸ Ver Fromm, *Marx*, p. 80.

concepto que ahora nos ocupa, algunos de los párrafos de Marx que sirven de base —de piedra angular, diríamos— no sólo al concepto de enajenación, sino a toda su antropología: del concepto negativo de enajenación se derivará el positivo de productividad o “normalidad” de la naturaleza humana.

Dice Marx en los *Manuscritos*:

«Como el trabajo enajenado: 1) enajena a la naturaleza del hombre; y 2) enajena al hombre de sí mismo, de su propia función activa, de su actividad vital, así lo enajena de la especie. Convierte la *vida de la especie* en un medio para la vida individual. En primer lugar, enajena la vida de la especie y la vida individual y, en segundo lugar, convierte a esta última, como abstracción, en el fin de la primera, también en su forma abstracta y enajenada.»

«Porque el trabajo, la *actividad vital*, la *vida productiva*, aparecen ahora ante el hombre únicamente como *medios* para la satisfacción de una necesidad, la necesidad de mantener su existencia física. La vida productiva es, sin embargo, vida de la especie. Es la vida que crea vida. En el tipo de actividad vital reside todo el carácter de una especie, su carácter de especie; y la actividad libre, consciente, es el carácter de los seres humanos como especie. La vida misma aparece sólo como un *medio de vida*.»

«El animal es uno con su actividad vital. No distingue la actividad de sí mismo. Es *su actividad*. Pero el hombre hace de su actividad vital misma un objeto de su voluntad y de su conciencia. Tiene una actividad vital consciente. No es una determinación con la que se identifique completamente. La actividad vital consciente distingue al hombre de la actividad vital de los animales. Sólo por esta razón es un ser genérico. O más bien, es sólo un ser con conciencia de sí, es decir, su propia vida es un objeto para él, puesto que es un ser genérico. Sólo por esta razón es su actividad una actividad libre. El trabajo enajenado invierte la relación, en tanto que el hombre como ser con conciencia de sí hace de su actividad vital, de su *ser*, sólo un medio para su *existencia*»⁶⁹.

Y «En general, la afirmación de que el hombre se enajena de su vida como especie significa que cada hombre está enajenado en relación con los otros y que cada uno de los otros está, a su vez, enajenado de la vida humana».

«La enajenación humana y, sobre todo, la relación del hombre consigo mismo, se realiza y expresa primero en la relación entre cada hombre y los demás hombres. Así, en la relación del

⁶⁹ Marx, *Manuscritos*. En la obra de Fromm, *Marx*, pp. 110-11.



trabajo enajenado cada hombre considera a los demás hombres según las normas y las relaciones en las que se encuentra colocado como trabajador»⁷⁰ (y no según la norma adecuada a la especie y al objeto, habría que añadir, tomando la expresión en su contexto. En el tercer tomo de *El Capital*⁷¹ sigue hablando de «condiciones más adecuadas a su naturaleza humana, y más dignas de ella» para referirse a la realización de la tarea).

Hemos terminado así, a través del mismo Marx, en el terreno de la conducta y en el contexto sociológico concreto donde las categorías socio-económicas de rol y status la determinan, como determinan el carácter del individuo que se conduce.

Con ello insistimos en que el concepto de alienación no es una categoría abstracta o idealista, sino empírica e inserta en el juego mismo de las contradicciones sociales. Su propia expresión es la expresión de dichas contradicciones y la denuncia del nivel real de desarrollo alcanzado por la especie en el proceso histórico.

Por eso enajenación es sinónimo de pauperización⁷². Pobreza no sólo en medios materiales, sino en experiencias humanas, en capacidades, en conocimiento de la realidad. Pauperización que es sentida por el hombre en su intimidad psíquica y en todo caso expresada en la conducta. Todo lo que no haga referencia a esta conducta es especular, tanto si se niega como si se afirma la enajenación. Y los signos de la conducta (explícitos e implícitos) son buenos indicadores de la pobreza o riqueza del que se conduce. Por otro lado, esta conducta sólo es superable o modificable a través del ejercicio «adecuado».

(Tampoco vamos a debatir aquí esta cuestión. Ya hemos hablado sobradamente del tipo de experiencia que implica desarrollo y del que implica robotismo y atrofia.)

Fromm, siguiendo esta pauta empírica de la conducta, encuentra el fenómeno psicoanalítico de la transferencia como expresión de la enajenación. La superación de la comunicación aparente —en tanto no se produce con respecto al psicoanalista-persona, sino con respecto a una ilusión del sujeto— por la comunicación real que corresponde a la situación real de médico-paciente y, más allá, de persona-persona.

Conviene también traer a este contexto lo que tenemos dicho acerca de la represión o estado de objetivación anclado en un

⁷⁰ Marx, *op. cit.*, p. 113.

⁷¹ Marx, citado por Fromm en *Cadenas*, p. 49.

⁷² Tomamos el término de Sève, *op. cit.*, p. 109. En general también el contenido que él confiere a la pauperización puede ser asumido desde la perspectiva frommiana, salvando su operancia psicológica.

momento del proceso. Realmente este estado supone para el sujeto una conducta unilateralmente valorativa y proyectiva, de forma que no vive el presente, sino que proyecta su pasado sobre el presente: sus sentimientos e ideas. Ello le encierra en un círculo vicioso, ya que su atención está también afectada, ejerciendo presión sobre la selección perceptiva. De ahí la obsesión irracional por una conducta, por un tema, por unos determinados valores. Frente a este comportamiento, el estado de no represión supone la visión inmediata, no deformada, de la realidad. En este estado se da necesariamente el ejercicio «adecuado», es decir, el desarrollo constante de comunicación con el objeto, lo cual supone un hacer humano (o trabajo concreto, en terminología marxista).

Es evidente que todo ello está necesaria y esencialmente vinculado al método y estructura sociales, de forma que ni la objetivación anclada ni la activa tienen sentido si no están referidas a dicho contexto. Así como no la tiene el no considerar la incidencia del tipo de objetivación psicológica del proceso social en este mismo proceso.

En la terminología de Fromm, esta objetivación que hemos calificado como anclada y activa es denominada adaptación estática o dinámica, respectivamente. No es que nos queramos plantear la cuestión terminológica, ya que tanto un término como otro ofrecen ventajas e inconvenientes. Hemos hecho referencia a la «objetivación» para relacionarlo con la terminología más frecuente en el campo de la antropología marxista.

El término «adaptación», por otra parte, tiene reminiscencias «culturalistas» de mera inserción pragmática en el medio —a pesar incluso del dinamismo—, cuando la acepción frommiana quiere significar mucho más si se toma en el contexto de su obra.

Superar la alienación, o estar dinámicamente adaptado, en definitiva, sería crear (estar creando, habría que decir en buena ortodoxia marxista) un orden social en el que el hombre se definiera por su *ser* y no por su *haber*, como quiere Marx y recuerda Garaudy:

«Todos los sentidos físicos e intelectuales han sido reemplazados por la simple alienación de todos esos sentidos: el sentido del haber»⁷³. «Cuanto menos *sois*... y más *tenéis*, tanto mayor es vuestra vida alienada»⁷⁴.

⁷³ Marx, *Manuscritos*, citado por Garaudy, *Perspectivas del hombre*, p. 288.

⁷⁴ *Ibidem*.